

ORACION FUNEBRE

DE

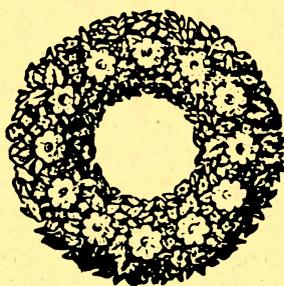
Mr. Félix Faure

PRÉSIDENTE DE LA REPUBLICA FRANCESA

PRONUNCIADA EN LA CATEDRAL DE QUITO.

POR

EL R. P: ENRIQUE FAURA, S. J.



QUITO

IMPRENTA DEL CLERO

1899



*Diligite justitiam, qui judi-
catis terram.*

Amad la justicia, los que
juzgáis la tierra. (SAP. I, 1.)

Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo :

Señores :

REUNIDOS aquí para honrar la memoria del que fué Presidente de la República Francesa ; después de elevar al Todopoderoso las preces consagradas por la Iglesia á impetrar el descanso de su alma, y de ofrecer la Sangre de Jesucristo que borra los pecados del mundo, para que borre los suyos ; movidos de admiración y respeto á la gran Nación, cuyos destinos estuvieron en su mano ; penetrados del sentimiento que inspiran las grandezas humanas, cuando al fin desaparecen : vamos á meditar por breves instantes sobre su vida pública y el desempeño de su difícil cargo, la rectitud de su carácter y las leyes generales de su conducta, en un puesto don-

de, levantado sobre el nivel de millones de sus conciudadanos, é igualado á la par con los más altos Monarcas de la tierra, no desvió del recto sendero que marca á los hombres la justicia. Su amor á la justicia le sostuvo en medio de circunstancias por extremo difíciles y apremiantes: pudo sin ella desatar sobre la patria las ríal contentas pasiones de algunos, y supo con ella labrar la paz y el contento de muchos; así como hubiera con la menor imprevisión envuelto á toda la Europa en desastrosa guerra, y fué quien más hizo por cimentar la paz y buenas relaciones entre los demás Estados.

Confesamos los católicos ser todos los hombres deudores á Dios de sus dotes, de su fortuna y de sus obras buenas; mas en éstas confesamos también entrar por mucho la libertad humana. Nuestro libre albedrío, sujetándose á la norma del bien impuesta por Dios á toda criatura racional, es en nosotros el responsable único de nuestras acciones y el agente principal de nuestros merecimientos. Y por lo mismo el hombre que, dotado de bellas cualidades y ayudado de singular fortuna, conquista un puesto elevado y en él se sujeta á lo que manda Dios, no solamente se muestra agradecido al Supremo Bienhechor, sino que merece bien de la sociedad entera y logra los aplausos de la posteridad. Y si ese elevado puesto le obliga á mirar por los otros más que por sí mismo y sus propios intereses, — como sucede en los altos cargos de gobierno, — entonces los merecimientos suyos son mayores, y la gloria que le circunda es más pura y acreedora á la gratitud de los propios y aun de los extraños.

Dichoso me contara yo, si, al tejer el elogio fúnebre de Mr. Félix Faure, os pudiera represen-

tar con los principales rasgos de su vida pública la imagen de ese hombre, dotado de bellas cualidades por Dios, ayudado de la fortuna en sus empresas, merecedor de los aplausos de la humanidad por su rectitud en el gobierno.

Y dónde iré á buscar una breve fórmula que sintetice estos rasgos y merecimientos á los ojos de un pueblo católico, deseoso de honrar en él las glorias del pueblo que rigió ?

Vamos al Libro de la Sabiduría, inspirado por Dios al rey más sabio de la tierra. Allí, en sus primeras palabras, leemos una exhortación breve y sencilla, precisa y clara, dirigida á los príncipes y poderosos del mundo, á los que mandan y gobiernan, á los que rigen los destinos de la humanidad :

Diligite justitiam, qui judicatis terram.

El Espíritu Santo en ellas les encierra todas sus obligaciones, les enseña todos sus procedimientos, les inculca sus más loables sentimientos, les traza su más seguro camino. Quien tal camino sigue, llega á la suprema felicidad ; quien tales sentimientos abraza, se gana el afecto de sus súbditos. No hay ley, regla ú obligación que se quebrante, ni proceder que no se alabe, en el arte difícilísimo de gobernar á los pueblos, si se entiende y se practica la divina exhortación de la divina Sabiduría :

Amad la justicia, los que juzgáis la tierra.

Si yo consigo demostrar, que el último Presidente de la República Francesa, cuya muerte prematura lamentamos, en el desempeño de su

elevado cargo se mantuvo dentro de esta práctica en la órbita de sus atribuciones, habré sabido honrar dignamente su memoria y como cumple al sagrado recinto en que me hallo y al católico auditorio que me escucha.

Señores:

Mr. Félix Faure, Presidente de la República Francesa, amó á la justicia en el gobierno de su patria. Fué justo en su gobierno, porque revisió en él la representación genuina de la Francia.

Qué es la justicia? — Si atendemos al común significado de la palabra, es la voluntad constante de dar á cada cual lo que le es debido. Si la consideramos como virtud general en los que mandan, es la que ordena todos los actos al bien común. En este sentido se llama también justicia legal, porque propio es de la ley mirar al bien común; y, como dice Santo Tomás, á esta justicia pertenece hacer el bien debido al pueblo.

Y qué es la Francia? qué exige el pueblo francés para su paz y para su gloria? — Ah, Señores: yo no pretendo ahora relatar la historia de diez siglos de grandeza y poderío, en las armas y en las letras, en las ciencias y en las artes, desde Carlomagno hasta Napoleón, desde Hincmaro y el Concilio de Aquisgrán hasta Víctor Hugo y la apertura del Canal de Suez, para poner á vuestra vista el espíritu de este gran pueblo. Yo quiero únicamente manifestar el papel de la Francia contemporánea, en medio del concierto de todas las naciones; su misión civilizadora; la extensión de su fuerza y predominio, no ya solamente

en la adquisición de nuevos territorios, sino principalmente en la propagación de su fe y sus ideales, para que advirtáis en su verdadero espíritu; y luego me digáis lo que exigen su carácter é influencias.

Apenas entra Mr. Faure en la vida agitada de la política, y desde que empieza á tener un puesto distinguido en la dirección de los asuntos públicos, siendo Subsecretario de Estado en el Ministerio de las Colonias, el pueblo francés crece y se dilata, ocupando en Asia, y en Africa sobre todo, terrenos importantísimos, ya del todo sometidos á su imperio, ya sujetos á su protección y amparo: de uno ú otro modo, abiertos á la civilización y al progreso, á la vida y á la luz.

Mas cómo? — El espíritu francés, que en tan breves años ha podido conquistar razas de gentes tan diversas, é informar pueblos de costumbres tan bárbaras, infundiéndoles nuevo ser, no ha sido, no, el espíritu de aquellos conquistadores de los siglos primitivos, que arrasaban las comarcas sembrando en ellas la desolación y el exterminio, para arrastrar rebaños de esclavos á trabajar en la construcción de palacios suntuosos y pirámides atrevidas: no. El espíritu francés ha sido el espíritu del Cristianismo.

Hay quien lo dude? Pues que se ponga á contar el número de sus ejércitos conquistadores y el de sus congregaciones religiosas; y la elocuencia ineludible de las cifras le hará confesar, que mayores y más poderosos auxiliares ha tomado la Francia en sus empresas civilizadoras de la religión que de la política y las armas. Que mire sobre el mapa la extensión de sus excursiones guerreras, científicas y comerciales, y la de sus misiones cristianas, pobladas de institutos reli-

giosos dedicados á la enseñanza, á la caridad, á la predicación; y las sumas solas de los guarismos clamarán, aunque no lo quiera oír, que más son los misioneros que los soldados y colonos, sacados de su seno por el pueblo francés, para difundir su espíritu en el mundo. Aquí mismo entre nosotros puede el que quiera ver una prueba de lo que voy diciendo.

Empero paseemos, sin salir de aquí, en alas de nuestro pensamiento, los más notables territorios, colonizados, conquistados, civilizados por el Gobierno de Francia en estos últimos años, y veamos las grandes obras llevadas á cabo en ellos por el espíritu francés y los instrumentos de que se ha servido.

El Dahomey: en el Africa ecuatorial, debajo de aquellos bosques seculares, donde el aire infecto y humedecido desarrolla los gérmenes de todas las enfermedades, donde las fieras hambrientas y los reptiles ponzoñosos asedian al hombre y le arrancan la existencia, hasta hace poco tiempo había otra plaga mayor: de cerca de 1.000,000 de habitantes solamente eran libres 20.000: ¡por un hombre libre, cincuenta esclavos! Y qué esclavitud! La vida de aquellos miserables servía de pasto á la voracidad de sus mismos amos, y de víctima agradable al culto de sus nefandos dioses! Los derechos de la humanidad reclaman contra semejante barbarie. Francia conquista el territorio: da libertad al esclavo, vida al sacrificado, doctrina y luz al ignorante, religión al supersticioso; mas valiéndose para ello del misionero católico, llevándolo todo por medio del misionero á término feliz, manteniéndolo y conservándolo con el misionero.

El Niger: entre las olas del Atlántico que

hierven á los rayos abrasadores del sol de la Guinea desemboca el gran río. Sus riberas están manchadas con sangre de los antropófagos : son testigos de una caza infame, con la que unas tribus persiguen á otras, para vender sus hijos y mujeres. Mas no : esas manchas ya están lavadas, y esa caza ha terminado ya ; porque la Francia, que envió delante sus misioneros, impera allí y difunde el espíritu manso de la Iglesia.

Madagascar : ¡ isla portentosa, cantada por Cámoens en sus *Lusíadas* ! Acaba de entrar bajo el dominio de Francia : le ha traído 5.000,000 más de ciudadanos ; y Francia en retorno le da tres Sedes episcopales y un verdadero ejército de religiosos y religiosas. Así es como entiende ella el modo de comunicarle su civilización : así, como quiso sustituir á sus soldados, extenuados y débiles por el clima y la campaña, el bravo General Gallieni : así lo pidió y lo obtuvo el Caudillo ilustre, que tantos males supo remediar y tantos bienes implantar en la nueva colonia.

¿ Qué os parece, Señores, de todo esto ? qué está haciendo en la actualidad el espíritu francés al derramarse por el mundo ? cuáles son sus principales instrumentos ? — Y el famoso Protectorado de los cristianos de Oriente, de la Siria y Palestina, ejercido por Francia desde los siglos medios, amenazado improvisamente por Alemania en estos días, y por esto confirmado de nuevo con uno de los actos más solemnes del Pontificado de León XIII, ¿ no está de igual modo diciéndonos, que aún fluye del seno de la Francia al exterior aquel mismo espíritu cristiano de los tiempos antiguos, cuando se gloriaba ella tanto con el renombre de “Hija primogénita de la Iglesia ?”

Luego con razón, habiéndose ella misma elegido en la persona ilustre de Félix Faure su Supremo Magistrado, habiendo puesto libremente en sus manos la dirección de sus corrientes civilizadoras y de expansión colonial, podía exigir de él la benevolencia y el fomento para los intereses católicos del universo. Y él no hubiera sido justo con su pueblo, si hubiera desdeñado estos intereses. Mas fué justo apreciador del espíritu del pueblo que regía, justo juez de su patria. Por tanto, se acomodó gustosamente á ese espíritu, y representó en sí mismo las aspiraciones de la Nación; por lo cual merece que digamos de él verdaderamente: Amó á su patria y la gobernó en justicia: amó á la justicia en el gobierno de su patria.

Continuas fueron las pruebas que dió de ello, impulsando estos medios de colonización cristiana; manteniendo sobre el particular relaciones asiduas con el Vaticano, Principio único de unidad en la Religión cristiana, Centro poderoso de acción evangelizadora en el Catolicismo; animando él por sí, y premiando con sus propias manos, el espíritu emprendedor de los franceses, en lo concerniente á Misiones católicas, Escuelas cristianas, Caridad con los niños abandonados de los infieles, y con las tropas francesas en sus marchas, campamentos y batallas. Todos hemos leído en la prensa periódica de todas las naciones las medallas conmemorativas, las cruces de la Legión de Honor, con que Mr. Faure en persona ha condecorado á veces á Hermanas de la Caridad; á Religiosos de diferentes Institutos y á Obispos de las misiones más distantes.

Y Dios en su Providencia no ha escaseado los recursos necesarios á la Francia y á su Presidente, para que pudiesen llenar su misión civilizadora por la tierra: hombres y dinero. Los hombres, revestidos de celo apostólico, llenos de fe y entusiasmo, abrasados de amor á Dios y á su Iglesia, dispuestos al sacrificio de todo lo terreno por extender la Religión Cristiana, han pululado en Francia y de ella salido á invadir el mundo entero, con su cruz en el pecho, su bordón en la mano. El dinero, espontáneamente ofrecido, recogido anualmente por millones de la inmensa mayoría del pueblo, ha bastado á cubrir las necesidades de todas las misiones francesas, y sobrado para sostener aun las de los otros países y naciones.

Así lo confiesa el Cardenal Vaughan, Arzobispo Primado de Inglaterra, al afirmar que “las misiones francesas se extienden también por todo el imperio británico”: “que las dádivas de los católicos ingleses no son suficientes para el sostenimiento de sus misiones”: y “nuestros misioneros, añade, dependen de la obra de las misiones francesas”. Y en una pastoral, leída en las iglesias católicas de Londres, y que ha producido gran efecto entre católicos y protestantes, escribe el Eminentísimo purpurado los siguientes conceptos, con los cuales se confirma plenamente toda mi argumentación hasta aquí expuesta:

“La apostólica obra que la Santa Sede persigue en Africa se halla rodeada de dificultades considerables. El demonio, que por tantos siglos ha estado en posesión de aquel negro continente, se esfuerza en fomentar disensiones y envidias entre los conquistadores cristianos. Hemos estado á pique de una guerra con la Francia: con esa

Francia que comparte con nosotros en Africa una influencia inferior á la nuestra sólo en la extensión territorial. Nosotros, los católicos de Inglaterra, admiramos y amamos á esa grande Iglesia de Francia. Cada año envía millares de misioneros al extranjero, prontos á dar su vida por la fe. No hay en el mundo nación que tantas vidas produzca dedicadas al heroísmo, tanto valor desinteresado, tantos misioneros fecundos en resultados. Bien comprendemos la rabia de Satanás al ver á esos heraldos del Evangelio. El es quien quisiera encender la guerra entre Inglaterra y Francia; porque sabe muy bien, que, si ellas siguieran unidas su obra pacificadora en Africa, cada una en su esfera respectiva, el reino de él sería muy presto destruído”.

Y ciertamente, Señores, que un pueblo que en su seno encierra 200.000 religiosos de toda orden é instituto, tiene hombres bastantes para enviar al extranjero millares de misioneros cada año; y siendo de entre ellos 40.000 los sacerdotes, el resto hombres y mujeres consagrados á la caridad y á la enseñanza en todas sus formas y manifestaciones, tienen que abundar las vidas dedicadas al heroísmo, el valor desinteresado, los resultados más fecundos. Y ciertamente que un pueblo que el año mismo de sus mayores desastres, cuando tuvo que aprontar miles de millones para librar su territorio de la invasión extranjera, supo dotar generosamente á la Propagación de la Fe con un millón más de francos que el año anterior, tres millones y medio más que el otro pueblo rival suyo, tiene dinero bastante para sostener sus propias misiones, y para que los mismos misioneros ingleses dependan de las misiones francesas.

Los que me han oído con atención no pueden menos de haber concebido una alta idea de la Francia bajo el punto de vista católico. Quizá no la creían tan levantada en el orden religioso y moral sobre las demás naciones dentro del Catolicismo. Quizá no se explicaban por qué yo, al querer elogiar á su ilustre Presidente difunto, me determinaba á hablar de su favor y benevolencia para con las misiones y obras católicas en el exterior, deduciendo de ahí su justicia en el gobierno. Ahora sí me darán la razón, y entenderán también la que ha tenido León XIII al tributar alabanzas singulares á la Nación francesa y conceder singulares gracias y privilegios á su Gobierno: por qué ha podido exclamar con acento de Padre y de Pontífice: “La Francia no puede morir; ¿quién podría reemplazarla?”

Sí: la Francia es la más inmortal de las naciones. Las naciones escogidas por Dios para que sirvan á la propagación del Evangelio, reciben en premio la conservación en sí mismas de la Fe; y esta Fe las conserva á ellas y las preserva de su destrucción, aun en medio del oleaje incesante de las guerras, disensiones y cambios de la política.

Estos cambios, disensiones y guerras no han dejado de amenazar á Francia, Señores, durante la presidencia de Mr. Félix Faure. Su espíritu de justicia y equidad ha conjurado los peligros. Ved otro argumento más en favor suyo y en su honor.

Primeramente, las corrientes diversas y encontradas de ideas y sentimientos en la masa misma de su numerosa población; la atmósfera

política que, desde hace más de un siglo, ciere tempestades sobre todos los pueblos de la tierra; la rápida carrera de la moderna civilización que no arrastra por igual á todos los miembros de las humanas sociedades; el desequilibrio originado en las fortunas de los individuos; para no producir estallidos pavorosos en Francia más que en otra nación alguna, han debido contar con el espíritu recto, con la voluntad firme, de su Presidente, determinado á hacer cumplir por igual las leyes de la concordia y á buscar por todos los medios el bien común: que es la verdadera justicia.

En segundo lugar, las desapoderadas ambiciones que se han despertado en las naciones grandes; los conatos desaforados que manifiestan de propagación y proselitismo, — que sólo es bueno, si se contiene en los límites de la razón y la justicia; — los alardes de fuerza armada que en ellas absorben las rentas públicas, ciegan los manantiales de la riqueza y amagan como torrente devastador, á los pueblos circunvecinos; tienen puesta á Francia como dentro de un círculo de hierro: paladín esforzado del honor y la libertad, de la verdad y de la Iglesia, tiene que ponerse en guardia, armada de todas armas, con ejércitos que hagan frente á la Alemania y escuadras á la Inglaterra, pero procurando en todo y con todos mantener el funesto equilibrio que se rompe, la paz universal que se destruye. ¡Difícil situación! medida y tino en su Gobierno, que exigen en quien lo preside la justicia más suave y más enérgica! Félix Faure, guardándola, ha robustecido á su patria y ha intervenido en afianzar la paz entre los otros pueblos.

Sus buenos oficios en la paz de España le

han valido la alta distinción del Toison de Oro : condecoración que honra á Reyes y Soberanos.

Sus hábiles procedimientos en las relaciones diplomáticas le han facilitado la alianza con Rusia : resorte poderoso que mantiene á raya las ambiciones de sus rivales.

Su trato noble y cariñoso con los desvalidos del pueblo, en hospitales y cuarteles, con auxilios y socorros, le han ganado el afecto de las clases populares : lazo de unión que da cohesión y firmeza á las naciones.

Su energía y suavidad en las graves disidencias habidas entre algunos jefes militares le han conservado adicto el ejército : fuerza temible, que sostiene dentro el orden y fuera el respeto.

Con razón, pues, en la recepción diplomática del día de Año nuevo, cuando el Nuncio de Su Santidad, como Decano de honor entre los Embajadores, le dirigió la palabra haciendo votos por el mantenimiento de la paz, pudo contestarle Faure en nombre de la nación entera : “La Francia ha puesto siempre en el primer lugar de sus preocupaciones el afianzamiento de la paz ; ese bien tan precioso para la dicha de los pueblos. Y no será durante el año que acaba de transcurrir cuando se pueda poner en duda la sinceridad de nuestros esfuerzos y el valor de nuestro concurso. Por eso nuestra patria prosigue tranquila y confiada el encargo que se le ha confiado, sabiendo que sus intereses, como sus aspiraciones, van enlazados al triunfo de las ideas de derecho, de concordia y de progreso”.

Magnífico programa ! sirvióle en su gobierno para ser justamente llamado genuino representante del pueblo que gobernó, y dejólo sin saber-

lo como en testamento, pocos días antes de morir, para que gobierne con justicia su sucesor. El triunfo de las ideas de derecho, de concordia y de progreso lleva unidos los intereses y aspiraciones de la Francia: los intereses que Félix Faure ha fomentado, las aspiraciones que ha tenido. El derecho, que es la materia de toda justicia; la concordia, que es el medio de ejercitarla; el progreso, que es el fruto de conseguirla. Progreso que llevó él con su administración cristiana hasta los últimos confines de la tierra: concordia que cimentó él con su administración suave en su propia nación y en las extrañas: derecho que hizo respetar con su administración severa en todas las clases de la sociedad.

¡Amó á la justicia en el gobierno de su patria!

Mas no concluiré, Señores, sin añadir una breve reflexión que halague á todo corazón católico, y sirva de mayor honra y prez á Félix Faure que las alabanzas todas tributadas por labios terrenales. Su amor á la justicia quedaría sin recompensa, si Dios no lo destinaba para el Cielo! ¡Y Dios si piadosamente nos atrevemos á entrar en sus consejos eternos, Dios lo destinó! En los últimos instantes de la vida, en las angustias de una enfermedad traidora y rápida, como el rayo que hiere de improviso, Dios en su Providencia le asistió amoroso con los auxilios sobrenaturales de los Sacramentos que Él mismo instituyó. No podía faltar á su palabra. *Qui accipit prophetam in nomine prophetae, mercedem prophetae accipiet*, dijo Cristo al enviar sus apóstoles á evangelizar al mundo.

Los que ayudan y favorecen la propagación de la fe tendrán por recompensa el premio eterno que la fe promete. Así lo explica San Juan Crisóstomo. *Et fiunt ambo aequales, et ille qui propter Deum laborat, et iste qui propter Deum laborantem refrigerat* (1). Las bendiciones de tantas almas rescatadas por los misioneros que él favoreció, cayeron sobre él! lluvia benéfica que inundó su espíritu al morir! luz esplendorosa que le abrió horizontes de gloria en la eternidad! Pasó el lóbrego dintel de la otra vida confortado con la esperanza, guiado por la fe, para hallar la plenitud de la caridad, que hace bienaventurados, en el seno de las Misericordias del Señor!

¡Feliz el hombre que al término de su mortal carrera, pide y obtiene la ayuda de aquel brazo poderoso que, sin riesgo, le hace atravesar los umbrales de la eternidad! Pasó con él tranquilo y sereno el ilustre difunto, cuya pérdida para el mundo lamentamos. Pero, por lo que hace á él, no lamentos sino ruegos, . . . ; no dejéis depositadas sobre su tumba lágrimas sino oraciones! Amén.

(1) In cap. X, Matth. Homil. XXVI.

A. M. D. G.